

lento al que hábilmente engaña, y sólo provocan burlonas sonrisas los que son capaces de abnegación y de sacrificio, porque el mundo en que vivimos está organizado para gloria y preza de la granjería andante. "Si por casualidad—ha dicho no sé quién—alguno funda su orgullo en no quebrar su amor propio, en no arrastrarse para subir, como hacen las orugas, a lo largo de una estaca, debe resignarse anticipadamente a sufrir el desprecio de todos. En vano un hombre reflexivo y sensato querrá permanecer inmóvil en su condición, hacer constituir su lujo en su independencia y gozar descanso y reposo; no se le dejará tranquilo. Él desinterés, la vida simple y con severidad independiente, son artículos pasados ya de moda, objetos de un desdén general."

El vicio y el delito son producto necesario, fatal del capitalismo y del gubernamentalismo en el mundo sedicente civilizado. La remoción de las causas, su supresión traerá aparejada sin duda la de los efectos.

Seguirán probablemente presentándose monstruos humanos capaces de los mayores crímenes. Pero esto implica un problema de medicina, de ningún modo social. No se organizan los pueblos para las anomalías, para las excepciones.

Trátase de casos extraordinarios que tienen su origen en imperfecciones del organismo humano adquiridas por accidente o a causa de una vida desastrosa o heredadas de quien las transmitió en un proceso de degeneración, y sería locura invocar el castigo en lugar de la terapéutica. A la sociedad sólo le asiste el derecho de defensa, y entonces, en un porvenir mejor, se defenderá también, pero se defenderá como el paciente se defiende de una dolencia. Esas naturalezas defectuosas contrahechas, monstruosas, caen bajo el dominio de la ciencia hasta tal punto, que hoy mismo los más sabios criminalistas afirman resueltamente la irresponsabilidad.

De tal modo ha sido estudiada la cuestión, que apenas se abre un libro de fisiología, de antropología, de psicología, etc., se impone a las pocas páginas esta conclusión terminante "No hay criminales". Son tantas y de tal naturaleza las deformaciones del organismo, principalmente del cerebro, "que es su representación suprema y que contiene en sí los restos de lo que hemos sido y la posibilidad de todo lo que seremos" (1); son tan numerosos e intrincados los estados patológicos, tan insensible el tránsito de la normalidad al desequilibrio, a la locura a la violencia, que es verdaderamente temerario afirmar la criminalidad consciente de un hombre cualquiera. Invitamos a los incrédulos, sean o no hombres de estudio, a que registren las dolorosas páginas que la ciencia ha llevado en nuestros días a los libros y revistas más notables. El convencimiento de que la maldad está lejos de ser voluntaria y consciente, se producirá sin duda en todas las inteligencias.

Tal vez la enorme masa de hechos citados, de casos estudiados a conciencia, de conclusiones científicas establecidas, podrá quedar oscurecida o vacilante a causa de los prejuicios de escuela o de la insana influencia de las ideas adquiridas por medio de la educación en las viejas rutinas; pero si el lector acierta a despojarse de todo juicio anticipado y de toda noción aprendida a modo de dogma necesario, sin vacilar proclamará, como de hecho lo proclaman las últimas investigaciones científicas, que no existe delincuencia propiamente dicha, sino simplemente anomalías, deformaciones, tendencias, enfermedades, en fin, que lo mismo pueden convertir a un hombre en un héroe que en un asesino.

El convencimiento se producirá más resueltamente si se tiene en cuenta que el término **normalidad** es pura abstracción de nuestra mente.

(1) Th. Ribot, *Las enfermedades de la personalidad*.